

abiertamente, tiene bastante que ver con su amistad con Lorca. El pretexto visible del poema fue la relación que Novo había entablado en Montevideo con Angelillo, un joven torero andaluz que, encontrándose sin dinero, decidió un día dirigirse a Novo para que éste le ayudara a comprar el pasaje a España. Angelillo sabía que Novo era mexicano y «habiendo mexicanos —le explicaba a Novo—, les gustarán los toros, y gustándoles los toros, ayudarán a un torero que está en desgracia». [CV, 230]. A Novo no le gustaban en absoluto los toros, pero, a pesar de ello, no pudo oponer resistencia ante una lógica tan impecable. «Le tendí un billete, uno de esos sucios, grandes billetes uruguayos. Le aconsejé ver a su ministro o a su embajador en Buenos Aires, que estaba entonces en Montevideo, y a quienes yo me encargaría de recomendar que lo repatriaran. No se le había ocurrido una solución semejante, ni su posibilidad. Contaba alegremente rescatar su traje de luces, ponerse al día en la pensión con el grande y sucio billete y algún día, quizá, vendría a México. No olvidaría nunca ese *favó*». [CV, 230-231].

Este muchacho, a quien Novo nunca más volvería a ver, figura como el protagonista de su «Romance de Angelillo y Adela», un poema que constituye un homenaje muy obvio (y a veces bastante ripioso, hay que decirlo) al autor del *Romancero gitano*:

El se llamaba Angelillo
—ella se llamaba Adela—,
él andaluz y torero
—ella de carne morena—,
él escapó de su casa
por seguir vida torera;
mancebo que huye de España,
mozo que a sus padres deja,
sufre penas y trabajos
y se halla solo en América⁴.

Ahora bien, la carta a Lorca tendería a confirmar lo que Novo ya había insinuado en *Continente vacío*: a saber, que la persona disfrazada bajo el nombre de «Adela» no era sino él mismo. Las páginas en cuestión de dicho libro son aquellas en las que Novo evoca la larga conversación que había tenido con Lorca en Buenos Aires el primer día que comieron juntos. Al resumir los detalles de esta conversación, Novo subraya sobre todo el entusiasmo con que Lorca habla del famoso corrido de la revolución mexicana conocido como «Adelita»:

Recuerdo ahora, Federico, como si te escribiera una carta que no contestarías en la prisa y el ajeteo en que vives, cómo aquella tarde tu intimidad y el fuego de tu conversación desataron la nostalgia del indiecito en evocadora elocuencia del México

⁴ Salvador Novo, «Romance de Angelillo y Adela», *Poesía (Fondo de Cultura Económica, México D. F., 1977)*, p. 105.

que presentías y que tardas tanto en certificar. Tú cantaste la Adelita, que sabías tan bien, y me dijiste que para ti esa canción simbolizaba todo el México que querías conocer, que Adelita era para ti una mujer viva, de carne y hueso, idolatrada por los sargentos, respetada hasta por el mismo coronel; fiel a su soldado, apasionada, morena y fecunda.

Al proseguir en su narración, Novo habría explicado a Lorca que la muchacha en que se inspiró el anónimo autor de este corrido habría sido nada menos que una criada de su casa cuando su familia vivía en Torreón. Sea apócrifa o no esta atribución, lo cierto es que, al contar la historia de esta muchacha, Novo se identifica apasionadamente con la figura de Adela, quedando tan pasmado al escuchar el corrido de boca de Lorca, como, según él, habría quedado pasmada la «verdadera» Adela al escucharlo de labios del compositor y cantor original. «Con aquella boca suya, plena y sensual como una fruta», escribe Novo, refiriéndose a esta Adela «suya», pero dirigiéndose todavía a Lorca, «no pensaba sino en el abrazo vagabundo de aquel con quien al fin huyó por los montes de aquella estrecha cárcel de su Laguna; no imaginó jamás esta perenne sublimación de su vida en un himno que ahora a tus ojos vuelve a prestarle un corazón y que llena el mío del violento jugo de la nostalgia». [CV, 203].

Es decir, Adela revive en Novo gracias a la acción poética de Lorca, transformación que queda fielmente reflejada en el «Romancillo», donde la utilización de esta máscara de «Adela» permite al poeta dar expresión indirecta a un tema tan tabú como lo era entonces el de la homosexualidad. Pero no sólo esto: si Novo se convierte en «Adela» ante la mirada (y la voz) del poeta granadino, ¿realmente deberíamos tomar al pie de la letra la identidad literal del otro protagonista de la relación, «Angelillo»? ¿No cabría ver en esa anécdota del torero, que supuestamente estructura el poema, un simple pretexto que permitiría a Novo expresar una pasión originada, en realidad, en otro (es decir, en Lorca)? En todo caso, la conclusión del romance expresa sentimientos demasiado vehementes para poder haberse originado en el brevísimo encuentro con el torero, tal y como Novo nos lo cuenta en *Continente vacío*:

Porque la Virgen dispuso,
que se juntaran sus penas
para que de nuevo el mundo
entre sus bocas naciera,
palabra de malagueño
—canción de mujer morena—,
torso grácil, muslos blancos
—boca de sangre sedienta.
Porque la Virgen dispuso
que sus soledades fueran

como dos trémulos ríos
perdidos entre la selva
sobre las rutas del mundo
para juntarse en la arena,
cielo de México oscuro,
tierra de Málaga en fiesta.
¡Ya nunca podrá Angelillo
salir del alma de Adela!

Sea cual fuere la relación real o deseada de Novo, tanto con Angelillo como con Lorca, lo cierto es que fue Lorca quien motivó esta identificación de Novo con la Adela del corrido, identificación que Novo quiso perpetuar al escribir su romance en homenaje a Lorca. Cabe señalar, por cierto, que en este homenaje Novo no sólo pone en juego una fusión (y confusión) de los papeles sexuales tradicionales, sino que también postula una interesante confluencia racial y cultural entre lo mexicano y lo español, mestizaje que se traduce, entre otras cosas, en el cruce establecido en el poema entre el corrido y el romance. Es decir: así como Novo se conmovió al escuchar el corrido de la «Adelita» de boca del autor del *Romance gitano*, él a su vez quiso que éste se conmoviera (o al menos, se divirtiera) al ver esta misma «Adela» convertida en personaje de un romance gitano... escrito por un mexicano.

En enero de 1934 Novo estuvo de regreso en México, donde en seguida encargó una edición limitadísima de su «Romance», tal y como había anunciado⁵. Por su parte, tras sucesivas decisiones de prorrogar su estancia, Lorca finalmente abandonó el Río de la Plata en el mes de marzo. A diferencia de lo que anticipaba Novo, su barco, de regreso a Europa, no pasó por Nueva York; por ello, Lorca ni siquiera se habría planteado la posibilidad de interrumpir su viaje para bajar de Estados Unidos a México, tal y como Novo evidentemente quería que hiciera. Pero, según parece, Lorca sí contestó esta segunda carta de Novo. De esta misiva, por desgracia, sólo conocemos el pequeño detalle que nos comunica Novo en el prólogo escrito en 1973 para la edición de Porrúa, donde recuerda que, estando ya en México, en 1934, recibió «apenas [...] unas líneas» del poeta español, dirigidas (y aquí viene la cita de Lorca) «al indiecito que llevas debajo de la tetilla izquierda»⁶. Detalle gracioso, que ofrece una pequeña y divertida variante con respecto a una observación parecida que Lorca le habría hecho el día que comieron juntos en la Costanera bonaerense y que éste recoge nuevamente en *Continente vacío*: «Toda nuestra España —recordaría Novo, refiriéndose a la fascinante conversación de Lorca— fluía de sus labios en charla sin testigos, ávida de acercarse a nuestro México, que él miraba en el indiecito que descubría en mis ojos». [CV,

⁵ Véase Salvador Novo, *Romance de Angelillo y Adela* (Imprenta Mundial, México D.F., 1934). El colofón reza: «Se acabó de imprimir en México en la Imprenta Mundial el día 31 de enero de MCMXXXIV». En cuanto a la «Justificación» de la tirada, se señala lo siguiente: «Del Romance de Angelillo y Adela se han impreso únicamente quince ejemplares en papel Imperial, numerados del I al XV y fuera de comercio». El poema lleva una escueta dedicatoria «A Federico García Lorca», que, por cierto, no aparece en la edición de la Poesía de Novo publicada por el Fondo de Cultura Económica; cabe señalar que en la edición del Fondo tampoco figura la dedicatoria a Molinari que encabeza la edición princeps de las Seamen Ryhmes.

⁶ Novo, «Prólogo», p. xix.

⁷ Desde mucho antes de que se instaurara el gobierno de Lázaro Cárdenas, el grupo de los «Contemporáneos» al que Novo pertenecía ya había sido objeto de varios ataques por parte de fervorosos defensores de esta misma política nacionalista. Véase al respecto el ensayo de Guillermo Sheridan, «Entre la casa y la calle. La polémica de 1932 entre nacionalismo y cosmopolitismo literario», en Roberto Blancarte (comp.), *Cultura e identidad nacional (Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1994)*, pp. 384-413. Cabría señalar que, aun cuando Novo personalmente compartiera el punto de vista de sus amigos, a la hora de la verdad su conducta parece haber sido muy poco solidaria con ellos. Véase, al respecto, otro trabajo del mismo Sheridan, «El malo y el desconfiado: Un encontronazo entre José Gorostiza y Salvador Novo», *Biblioteca de México (México D.F.)*, núm. 11-12 (diciembre 1992), pp.33-39.

⁸ Apud Emmanuel Carballo, *Protagonistas de la literatura mexicana*, 2ª ed., SEP, México, 1986 (*Lecturas Mexicanas*, 48), p. 314.

201]. La observación hecha en la carta es la misma, pero en la nueva versión el grado de intimidación que la imagen de «la tetilla» presupone, es mucho mayor. Desde luego, el corazón «indígena» de Novo no pasaba de ser una broma compartida por los dos poetas; aunque, dicho esto, hay que recordar que las aspiraciones cosmopolitas de Novo no le impedían desarrollar a la vez un auténtico interés en la cultura indígena de su país, tal y como habría de demostrar, muchos años después, al escribir obras de teatro como *Cuauhtémoc* e *In ticitexcatl o el espejo encantado*.

Contra lo que pudo haberse pensado, la correspondencia no se terminó aquí, sino que, tras un año de silencio, se reanudó, súbita y efímeramente, en enero de 1935. Ya para entonces la carrera de ambos, pero sobre todo la de Novo, había sufrido cambios importantes, en parte debido a acontecimientos políticos ocurridos en sus respectivos países. En México, en diciembre de 1934, se había inaugurado un nuevo gobierno bajo la presidencia del general Lázaro Cárdenas, que anunciaba no sólo reformas sociales muy radicales, sino también una política cultural de orientación netamente nacionalista. No se sabe si fue por haberse mostrado escéptico ante tal concepción de la cultura⁷ o simplemente por ser víctima casual de las sustituciones burocráticas que acompañan a todo cambio de gobierno en México, pero el hecho es que en seguida Novo fue cesado de su puesto en la secretaría de Educación Pública. «Personalmente no conocí a Cárdenas durante su administración», confesaría años después. «Sin embargo, conocí los efectos de su estancia en el Palacio Nacional: me zafó de la burocracia»⁸. Furioso ante semejante ultranza, Novo decidió escribirle a Lorca anunciándole su deseo de huir del país:

[Membrete:]

Salvador Novo

Sevilla, 3 México D.F.

3 de enero de 1935

Querido Federico:

La vida en México se ha vuelto insoportable para mí. Es indispensable e inaplazable que me marche —y tengo miedo de la dura lucha en los Estados Unidos. Mi deseo de ir a España se agrava y me obsesiona. ¿Crees tú que podría ganarme allá la vida —una mediana vida? Puedo dirigir ediciones, traducir libros, enseñar inglés —en último caso escribir en los diarios o corregir pruebas en una imprenta. No sé realmente qué puedo hacer, pero alguna aptitud tendré. No puedo vivir más en México y ningún país me atrae como ese mío.

Me dicen que podría vivir —modestamente, claro, con quinientas pesetas al mes. ¿Es esto cierto? En ese caso, puedo llevar conmigo unas cinco

mil —¡está ahora tan cara con respecto a nuestra pobre moneda!— para vivir diez meses. Si al cabo de ellos no he encontrado modo de ganarme la vida, ¿qué cuesta arrebatármela? Mi madre —mi única familia— se queda en México. Tiene su madre, tiene hermanos y le dejo el auto y muebles y biblioteca que en último caso puede vender. No sabes cuánto amo a México, a este México que ha caído en las peores horribles manos. Sufro mucho, Federico.

Me dicen que en la calle de Las Infantas hay unos departamentos para solteros, pequeños. ¿Quisieras informarte de su renta, tratar uno para mí y avisarme a vuelta de correo aéreo, de estas tres consultas abstractas?

1. *¿Crees que podré ganarme allá la vida?* 2. *¿Podré vivir con 500 pesetas mensuales?* 3. *¿Cuánto renta un departamento adecuado de soltero?* Partiré en cuanto tenga tu respuesta. Te imploro que me contestes. Puedo salir enseguida.

Te abraza tu atribuladela,

Salvador

Lorca seguramente se habrá sonreído al ver a su amigo Adela convertido ahora en «atribuladela»⁹. Por lo demás, resulta difícil imaginar cómo habría reaccionado ante el plan anunciado por Novo. Con quinientas pesetas al mes, éste seguramente hubiera podido vivir modestamente en Madrid (tengo entendido que, por estas mismas fechas, Luis Cernuda vivía —austeramente, es cierto— de las doscientas pesetas que ganaba trabajando para las Misiones Pedagógicas). Es decir: los problemas prácticos del cambio propuesto por Novo se hubieran podido resolver. Y no cabe duda de que Lorca tenía afecto por Novo... Pero, pese a todo, no es imposible que el español haya vacilado ante la decisión de animar a Novo a lanzarse a esta aventura. A fin de cuentas, ¿no se trataba de una decisión bastante comprometedora, sobre todo si se toma en cuenta, por un lado, la actitud más que amistosa de «Adela» hacía él y, por otro, la importancia que ya había cobrado en la vida de Lorca su relación amorosa con su joven secretario Rafael Rodríguez Rapún? Por otra parte, ¿la propuesta de Novo realmente iba en serio o fue sólo el desahogo momentáneo de su enojo con el nuevo régimen?

Si Lorca le contestó a Novo no lo sabemos. El hecho es que Novo desistió por fin de su propósito. Siguió en México, donde, como periodista y como poeta satírico, se granjeó la reputación de ser uno de los críticos más feroces del gobierno revolucionario de Cárdenas. Tanto fue así que el lector de estas cartas se pregunta qué hubiera pasado de haberse reunido Novo con Lorca en Madrid. Después de las elecciones de noviembre de 1933, el gobierno de la República Española había tomado un giro abrupto

⁹ El hecho de que la protagonista de la última obra teatral de Lorca, *La casa de Bernarda Alba*, se llamara Adela, no creo que pase de ser una curiosa coincidencia. Sin embargo, cabe señalar que el propio Novo sí se complacía en imaginar que el autor de la obra a lo mejor había pensado en su «Adela» a la hora de escribirla. Refiriéndose a Lorca, comentó lo siguiente: «Y mientras lo recuerdo con tristeza, me hago la ilusión de que al bautizar con el nombre de Adela a la más decidida de sus protagonistas, haya recordado a la inspiradora de nuestra canción nacional, mi narración de cuyas hazañas tanto le entusiasmó en Buenos Aires.» Véase Novo, *La vida en México en el período presidencial de Manuel Ávila Camacho, compilación y nota preliminar de José Emilio Páez* (2ª ed., Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México D.F., 1994), p. 374.

a la derecha, cosa que había llevado a muchos artistas e intelectuales como Lorca a asumir, a su vez, una postura política mucho más radical. Es decir, en 1935 ya existía un abismo ideológico entre los dos poetas. Para tener una idea de la magnitud de esta diferencia, basta con tener presente el trabajo de Lorca a la cabeza de la compañía teatral «La Barraca»: auspiciada por la República Española (aunque castigada por el nuevo gobierno de derechas), esta importante labor tenía su equivalente en México en proyectos de cultura popular promovidos por Cárdenas... y fustigados por Novo. Si bien es cierto que el granadino nunca permitía que sus ideas políticas interfiriesen con sus amistades personales, resulta difícil creer que las ideas de Novo, y sobre todo su pasión por airearlas de manera provocativa, no hubieran terminado por distanciar a los dos amigos.

Novo tuvo la esperanza de que se volvieran a ver en México, en el verano de 1936. Parece que Lorca tuvo la intención de visitar el país (incluso anunció haber comprado el billete para el viaje); sin embargo, en el último momento cambió de idea y se quedó en España, donde, muy poco después del levantamiento militar del mes de julio, fue fusilado por los insurrectos. Es decir, después de los breves días vividos en Buenos Aires, los dos amigos nunca más volverían a verse. Pero fue tal el impacto que el poeta español tuvo sobre Novo, que, a pesar del paso del tiempo, éste siempre se guardaría fiel a su memoria. Y de hecho, tal vez sea ésta la imagen que finalmente nos ofrece esta breve correspondencia: la de una pasión humana, más que de una relación literaria. A fin de cuentas, y a pesar del indudable interés biográfico del «Romance de Angelillo y Adela», el encuentro entre Novo y Lorca no dejó, en ninguno de los dos poetas, ninguna huella literaria importante. El encuentro personal, en cambio, dejó, en Novo si bien no tanto en Lorca (que no parece haber correspondido a los sentimientos del otro en la medida que éste seguramente hubiera querido), una huella indeleble; tan indeleble que incluso unos treinta y nueve años más tarde, al escribir el prólogo a las obras de Lorca, el mexicano se sentiría obligado a evocar una vez más a «la persona cuyo genio, gracia, voz, ha permanecido, a la vez congelada y viva, inmóvil y dinámica, en mi recuerdo»¹⁰.

¹⁰ Novo, «Prólogo», p. xix. (Agradezco los valiosos comentarios que hizo Anthony Stanton sobre un primer borrador de este trabajo.)

James Valender